

Su carácter de arzobispo, de cardenal y de legado *al-late* añadía á esta influencia política el peso de los títulos eclesiásticos que tanta mella hacían entonces en la opinión: *Ipse est vere rex Francie*, escribía un contemporáneo.

No fué menos grande el puesto que el cardenal ocupó en Europa. Fué por excelencia el hombre de los negocios de Italia, entrando desde el primer día en Milán al mismo tiempo que Luis XII, permaneciendo allí desde entonces largas temporadas y casi naturalizándose desde el punto de vista diplomático en aquella península. En los asuntos italianos siguió, según parece, dos políticas, una como ministro y otra como cardenal, que á veces se combinaban, pero que á menudo resultaban opuestas; la primera dedicada á sostener las ambiciones de Luis XII, la segunda consagrada á favorecer sus propias pretensiones al pontificado. Para triunfar comenzó por adherirse á la alianza imperial, pero los derechos de soberanía del Imperio sobre Milán no permitían otra cosa que la ilusión de una alianza, y tratándose de un emperador austro-borgoñón, la cuestión de Borgoña venía á complicar la cuestión milanesa. En tales condiciones hubo de buscar un contrapeso que creyó encontrar primeramente por el lado de Felipe el Hermoso; y cuando una muerte prematura hubo hecho fracasar esta combinación, puso sus miras en Fernando de Aragón, grave imprudencia que engrandecía no ya á un príncipe sin poder propio, sino al jefe de una nación fuerte, y después volvió á inclinarse al emperador. El tratado de Cambrai resume toda esta política de equilibrio inestable: el cardenal lo hizo puestos sus ojos en Italia, sacrificándolo todo á la alianza imperial, con la extraña ilusión de corroborarla haciendo entrar en ella al rey de Aragón y al papa, á quienes consideraba, sin duda, como auxiliares de fácil manejo. En todas aquellas faltas de perspicacia se observa el error en que parece haber incurrido no adivinando qué clase de hombre era Julio II.

En su consecuencia, su política fué mal inspirada, falsa en su principio y mal desarrollada en las combinaciones á que dió lugar. A lo sumo puede afirmarse que desplegó una gran facilidad en variar sus medios de acción. Su gran fuerza estuvo indudablemente en el prestigio de que gozaba y su mérito consistió en una cierta confianza en sí mismo que le comunicaba esa cualidad, suprema reparadora de las faltas, que se llama decisión. «Fiado en su poder, dice Guicciardino, resolvía osadamente los asuntos por sí mismo, condiciones que no tuvieron algunos de los que le reemplazaron en su puesto.» Este es, tal vez, el juicio verdadero acerca de su papel y de las consecuencias de su muerte.

En cuanto al fondo mismo de las cosas, no se ve bastante bien hasta qué punto se modificó con el fallecimiento del cardenal. Antes del 25 de mayo, la salvación de Venecia no podía inspirar ya duda alguna; el papa obraba contra Francia en todos sentidos; España y los suizos mostrábanse peor dispuestos de día en día; Inglaterra se manifestaba malévola, y en cuanto á la casa de Austria, aunque la muerte del cardenal había sido para ella «una gran pérdida,» según frase de un embajador, lo cierto es que no había esperado aquel acontecimiento para fraguar contra nosotros no pocas combinaciones equívocas. La situación no podía pre-

sentarse más confusa, con detrimento y peligro para Francia. ¿Qué habría podido hacer Jorge de Amboise para afrontar estos acontecimientos en circunstancias cada vez más difíciles, cuando no había podido evitarlos en el momento de los mayores éxitos del rey?

#### IV.—La Santa Liga

La mayor confusión reina en los asuntos de Europa durante los años 1510 y 1511; pero Julio II comienza á tomar la dirección de los mismos y toda su política va dirigida contra Francia.

Este papa desarrolla las consecuencias de su reconciliación con Venecia con tal espíritu de perseverancia que hasta los aplazamientos tienden á la ejecución de combinaciones muy meditadas, y concede á Fernando el Católico, sin reserva alguna, la investidura del reino de Nápoles, y consigue de este modo que el rey de Aragón se declare neutral y aun prometa eventualmente aliarse con la Santa Sede. En Inglaterra había fallecido en 1509 Enrique VII, sucediéndole su hijo Enrique VIII, el cual tenía prisa por darse á conocer: era inteligente, ilustrado, discreto y ávido más de gloria vana que de verdadera gloria, y en él encontraban un auxiliar los enemigos de Luis XII. El papa se apresuró á ponerse en relaciones con él.

Tiempo hacía que se habían iniciado las negociaciones con los suizos, quienes veíanse dominados por tres distintos sentimientos. En primer término, un sentimiento de reacción contra el militarismo y el mercenario, sentimiento que se manifestaba cada vez más potente en la alta burguesía y que había inspirado el decreto dado por la asamblea de Schwytz, en febrero de 1510, por el que se castigaba con las penas de muerte y confiscación á todo noble ó villano á quien se sorprendiera reclutando soldados por cuenta ajena; en segundo lugar, un gran descontento, mezclado con temor y celos, respecto de Francia, y por último ciertas desconfianzas contra la casa de Austria. A pesar de todo, la Dieta seguía siendo el centro de múltiples negociaciones. Luis XII mostróse muy poco hábil con ella: no quería «dejarse ya imponer por miserables aldeanos,» y, según hemos visto, acometió la empresa de formar una infantería nacional, limitándose á reproducir con bastante parsimonia los ofrecimientos pecuniarios que hacía en una época en que Suiza no era por todos solicitada. Maximiliano demostró sin duda mayor habilidad, puesto que á principios de 1511 logró un convenio que le aseguraba el apoyo de los suizos, 1511 si no en Italia, por lo menos en el ducado de Austria y en el Franco Condado, condición esta última harto grave para Francia.

El papa había conseguido su objeto mucho antes, identificando con sus intereses á uno de esos hombres que, sin medios de acción materiales, deciden á veces los acontecimientos por la influencia extraordinaria de las personalidades vigorosas. El obispo de Sión, Mateo Schinner, tenía un carácter activo, indomable, un temperamento enérgico, ambición de engrandecerse y presentar un papel, una inteligencia clara y fértil en combinaciones y ningún escrúpulo, cualidades que puso al servicio de la Santa Sede, llegando á ser por excelencia el lugarteniente de Julio II.

El papa y su agente tuvieron el mérito de plantear de frente las cuestiones con la confederación. «El Papa, deseoso de proteger á la Iglesia contra sus perturbadores, solicita la ayuda y el socorro de los señores confederados.» Siempre que la Iglesia romana, su jefe, los dependientes de su jurisdicción ó sus bienes se vieran amenazados, los cantones enviarían 6.000 hombres al servicio de Su Santidad; en cambio el papa les pondría bajo la protección de sus armas espirituales. Esto no libraba, por supuesto, á la Santa Sede de arreglar los intereses más positivos del sueldo anual que debía satisfacer bien á los cantones, bien á los alistados. El convenio fué firmado por la Dieta en 14 de marzo de 1510, y por virtud del mismo los suizos habían de ser durante seis años adversarios de Francia.

La alianza de los suizos con el papa fué fecunda en discordias á menudo tempestuosas (1): al primer fracaso ó al menor retardo en el pago del sueldo, las gentes de guerra se entregaban á terribles violencias propias de una soldadesca; así en 1511 el mismo Schinner, acosado por sus soldados, hubo de ocultarse durante algún tiempo en los bosques de los Grisones. Por aquel entonces Julio II sostenía con los delegados de los cantones altercados verdaderamente extraordinarios, y á las acusaciones que aquéllos le dirigían de haberles hecho caer en emboscadas contestaba con altivez: «Habéis con esto cometido una acción no sólo imprudente y sacrílega, sino además profundamente injuriosa. ¿Por qué impertinencia ó por qué olvido de vuestra condición habéis osado pretender desempeñar el papel de mediadores entre Roma y el rey de Francia cuando el cuidado de nuestro honor está en manos de príncipes del más alto rango que nos proponen todos los días sus servicios?» Y luego añadía: «Aunque tuviera yo una sala llena de ducados, no habría con ello bastante para satisfacer las exorbitantes pretensiones de vuestros mercenarios.» A pesar de todos los choques, la alianza subsistió.

La liga de Cambrai, sin embargo, estaba virtualmente disuelta, y los suizos, España, Inglaterra, Venecia y la mayoría de los italianos comenzaban á agruparse en torno de Julio II, en tanto que permanecían unidos Maximiliano y Luis XII. Como acontecía con frecuencia en aquella época, rompiéronse indirectamente las hostilidades entre ambos príncipes cuando oficialmente se trataban todavía como aliados. El papa, no queriendo provocar abiertamente la guerra, encontró el medio indirecto de lanzar á los suizos sobre Italia, so pretexto de atacar al duque de Ferrara, aliado de Francia (agosto de 1510), aunque cuidando de declarar que se respetaría el Milanesado. No por esto dejaba de ser menos flagrante la amenaza, y Maximiliano, que se consideraba por lo menos tan en peligro como Francia en Italia, no ocultaba su cólera y decía que los suizos «eran comerciantes que no tienen fe ni lealtad.» El ejército helvético trató de llegar hasta Brescia sin salir de la raya del Milanesado, vigilada por el gobernador del ducado, Chaumont de Amboise, y luego de pronto, sin razón aparente, los invasores volvieron sobre sus pasos dirigiéndose á Bellinzona, y en septiembre la mayoría de ellos regresaban á Lucerna.

(1) Sobre todos estos hechos, véase Köhler, obra citada.

Entonces las hostilidades entre Julio II y Luis XII convirtiéronse de disfrazadas en directas, sin que mediara, sin embargo, una declaración de guerra formal. En septiembre de 1510, Luis XII, desazonado ante la idea de guerrear contra el papa y por las recriminaciones de la reina Ana, resolvió consultar al clero de Francia, y los preladados, reunidos en Tours, declararon que el rey podía combatir al soberano pontífice para la seguridad de sus Estados y de sus aliados, que todas las censuras dirigidas contra Luis XII con motivo de aquella guerra no tendrían valor ni efecto alguno, y que si el papa se negaba á la conciliación se recurriría á los príncipes cristianos para la convocación de un concilio general. Después de esta declaración se separaron otorgando un donativo de 240.000 libras y dándose cita para el 1.º de marzo de 1514 en Lyón, en donde el llamamiento para un concilio general quedó resuelto.



Testón, moneda del papa Julio II. Gabinete numismático, Berlín

En el entretanto, los ejércitos francés y pontificio encontrábanse frente á frente en la Romaña, en donde cierto número de ciudades y de príncipes habían sacudido la dominación papal. Julio II había tomado «la espada en mano,» tal como quería verse retratado por Miguel Ángel; pero Trivulcio y los generales franceses, con Bayardo á la cabeza, luchaban con éxito. Derrotado en todas partes, el papa, que se había adelantado hasta Bolonia y Rávena, corrió á encerrarse en Roma en junio de 1511, lanzando desesperadamente la excomunión contra sus adversarios y convocando á su vez un concilio general para 1512. Desgraciadamente Luis XII volvía sin cesar á su ilusión de las negociaciones: Julio II se burlaba de él, sirviéndose hábilmente del título de «Padre de los fieles,» dirigiale los breves «más afectuosos y más humanos del mundo,» y hablaba de la paz universal para luego imponer condiciones inaceptables.

En cuanto al rey de Aragón, que aún no se había separado abiertamente de la liga concertada en Cambrai, prometía tropas al emperador y á Luis XII, pero con la condición de que los confederados no atacarían á la Iglesia (¿pues á quién podían atacar?) y de que «no tendría cuestiones en sus Estados.» Para disimular sus verdaderos proyectos declaraba que preparaba una expedición contra el África, y Luis XII decía en son de broma: «El turco á quien quiere atacar soy yo.»

Cuando en 1511 circuló la noticia de la muerte del papa, el embajador de Margarita escribió ingeniosamente: «¡Ojalá que se hubiese ido al paraíso hace año y medio!» El deseo que formulaba para la casa de Austria hubiera convenido mejor á la de Francia. En efecto, en 1.º de octubre de 1511, Julio II firmaba con España y Venecia el tratado conocido con el nombre de *Santa Liga*: el objeto públicamente manifestado de

aquel convenio era el recobro por parte del papa, de Bolonia y de las tierras arrebatadas á la Santa Sede; pero el verdadero objetivo del mismo era la guerra contra los franceses para expulsarles de Italia. Aquel tratado constituía un digno coronamiento de la política seguida por Julio II desde la batalla de Agnadel.

La liga no tardó en completarse: el rey de Inglaterra entró en ella en 13 de noviembre, y algunos días después firmaba con Fernando *el Católico* un pacto especial concerniente á la conquista de la Guiena, porque Enrique VIII reproducía las pretensiones de sus antepasados y como ellos quería atacar á Francia por el Norte. A partir del mes de febrero de 1512 hablóse de sus preparativos para desembarcar en Calais, preparativos que «ponían muy pensativo» á Luis XII; parecía que iba á reanudarse la contienda de la guerra de Cien años.

A Luis XII no podía ocultársele cuán poco había que contar con Maximiliano, cuya adhesión al tratado de la Santa Liga estaba más que prevista. Entre el emperador y el rey de Francia continuaba el sistema de desconfianzas y muestras de afecto alternativas y las tropas francesas é imperiales no se juntaban sino para volverse á separar. Las cartas confidenciales del emperador, de Margarita ó de sus agentes revelan cuáles eran sus sentimientos verdaderos. «Quiero advertiros, escribía uno de ellos, que desde que Francia es Francia, por muy buenas trazas que tengan los señores franceses de defenderse, nunca estuvieron tan asombrados como lo están ahora, porque dudan maravillosamente de su destrucción completa.»

#### V.—Rávena

Fernando, Julio II, los venecianos y los suizos estaban armados contra Francia y habían de combinar sus movimientos por el Sur, por el Este y por el Norte para converger en el Milanesado. La situación era temible.

Los acontecimientos militares se desarrollaron en Italia en un escenario muy reducido, cuyos puntos extremos, Verona y Milán, de Este á Oeste, Como y Bolonia, de Norte á Sur, apenas distan entre sí cuarenta ó sesenta leguas (1). En aquellas contiendas, Gastón de Foix representará el papel principal.

Gastón, por su padre, pertenecía á la casa de Foix-Narbona, en lucha desde hacía mucho tiempo con los Albret (2), y por su madre, María de Francia, hija de Carlos de Orleans, era sobrino del rey, el cual le profesaba gran afecto, en parte interesado, porque Gastón podía constituir un obstáculo no sólo al poder de los Albret, sino que también á las pretensiones que sobre Navarra aducía Fernando como marido de Germaña. El rey le había dado el ducado de Nemours, no había cesado de intervenir en su nombre en los asuntos del Mediodía y aun le había hecho tomar el título de rey de Navarra. En 1511 Gastón apenas tenía veintidós años; en su estatua sepulcral y en sus retratos se nos presenta con todo el encanto y toda la frescura de la juventud: un poco demasiado alto para su corpulen-

(1) Respecto del papel representado por los suizos, véase Kohler, obra citada.

(2) Véase el cuadro genealógico de la casa de Albret que hemos publicado anteriormente, pág. 103.

cia, poblado el rostro de una barba clara y fina, tiene algo del San Jorge de Donatello.

Sucedió á Chaumont de Amboise como lugarteniente del rey en el Milanesado, en febrero de 1511, y tuvo á su lado á Bohier, general de hacienda de Normandía. De cuando en cuando se descubren algunas huellas de desavenencias entre Bohier, acostumbrado á los hábitos de economía de Luis XII y quizás puesto al lado del joven general para vigilarle, y Gastón, ansioso ante todo de asegurar los éxitos militares. Por otra parte, no existía conformidad exacta en las miras y acuerdo en la acción; ni en Maximiliano y los franceses, ni en los venecianos, pontificios y aragoneses, siempre en retardo los unos respecto de los otros. Considerando los prodigiosos resultados del espíritu resuelto del duque de Nemours, se da uno cuenta de los que habrían podido obtenerse si éste se hubiera visto plenamente secundado; pero Luis II no cesaba en sus vacilaciones y en sus tacañerías, en su afán por hacer la guerra y la política á precio económico.

Los suizos fueron los primeros en arrojar sobre el Milanesado. En octubre de 1511, á consecuencia de la publicación de un breve de Julio II, los ciudadanos de Schwytz, más excitados que los otros, dirigieron un llamamiento á sus confederados: «En nombre de Dios Todopoderoso, en presencia del desdén con que el rey de Francia mira nuestras justas quejas, hemos resuelto, como lo habrían hecho nuestros antepasados, desplegar contra él nuestras banderas y nuestros emblemas nacionales. Vamos á partir para Bellinzona y desde allí penetraremos por el camino más corto en los dominios reales.» La mayoría de los cantones respondieron á este bélico llamamiento, y 10.000 hombres aproximadamente pasaron, por entre las nieves, el San Gotardo. Mandóse llevar á una iglesia un gran estandarte encarnado en que estaba representada la pasión de Cristo y que había permanecido encerrado desde las batallas libradas contra Carlos *el Temerario*: aquel día, el cielo, hasta entonces brumoso, habíase de repente despejado; pero más que aquel presagio parecían augurar la victoria la cooperación del papa, de los españoles y de los venecianos y el descontento de los milaneses.

Cuando los suizos llegaron á Varese, en 9 de diciembre, Gastón se limitó á observarles, les dejó que avanzaran en imponente aparato hasta delante de Milán y se estableció fuertemente en la ciudad, conteniendo de este modo al mismo tiempo á los milaneses. Mientras en Francia reinaba la mayor alarma, los suizos permanecían inmóviles y como desconcertados delante de las sólidas murallas de Milán, y apenas transcurridos cinco días, se replegaron sobre Monza, destruyendo más de veinte aldeas y no dejando á su paso más que un rastro de fuego. La expedición había durado un mes justo, del que hay que descontar quince días para el trayecto de ida y vuelta; había sido, pues, una verdadera razzia que tenía la ventaja de enriquecer á los soldados y acaso también de servir de desahogo á la turbulencia de la plebe militar. Contra aquella incursión, Gastón no había hecho otra cosa que renovar las medidas de contemporización de sus predecesores. «Porque los suizos, dicen las *Mémoires de Fleuranges*, habían bajado dos ó tres veces á Milán, y como cada vez el gran número de caballos franceses les copaban

los víveres, se volvían con 5.000 escudos que les daban, y se les hacía la batalla de escudos públicamente, lo cual había enseñado el gran maestre Chaumont.» Gastón, empero, ni siquiera había tenido que pagar á los soldados de los cantones.

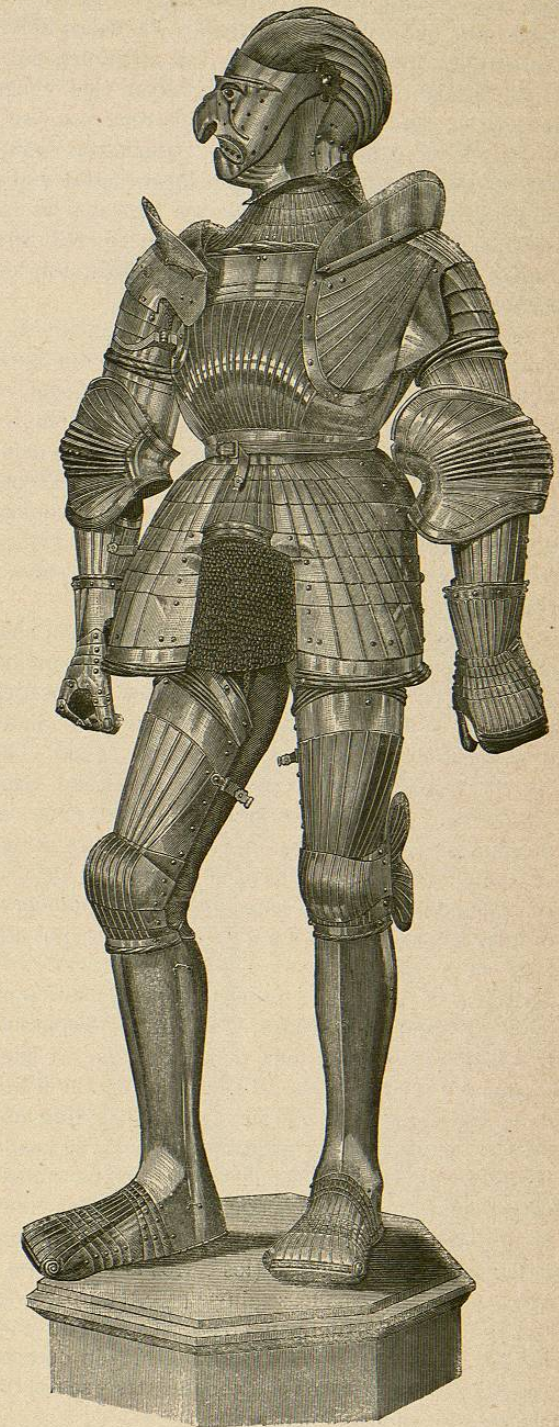
La originalidad de su genio militar revelóse en la campaña de 1512. El papa y el rey de Aragón, de acuerdo con los venecianos, habían preparado un gran esfuerzo. Hacia fines de 1511 corrió la noticia de que el ejército del rey de Aragón, mandado por don Ramón de Cardona y compuesto de 8.000 infantes, 1.000 hombres de armas, 1.500 jinetes y 22 piezas de artillería, se dirigía hacia la Romaña, en donde tenía el papa 800 lanzas. Nemours envió 300 lanzas á Bolonia, en previsión de los acontecimientos, porque se decía que el papa quería «promover allí disturbios.» En enero de 1512, el ejército hispano-papal comenzó el sitio de Bolonia, y aunque la opinión general creía que el rey no podría luchar contra las fuerzas combinadas de los venecianos, del papa y de los españoles, Gastón de Foix salió de Milán á mediados de enero para unirse al duque de Ferrara, aliado de Luis XII, y se dirigió hacia aquella ciudad sitiada. Los sitiadores habían apostado una parte de sus tropas en el monte San Miguel, que domina la población por el Sur y desde donde podían «ver á los que se pasean por la plaza de la dicha Bolonia, causarles grandes daños y derruir, á fuerza de lanzar piedras, las casas de la ciudad,» y acabaron por abrir en las murallas una brecha de treinta brazas. Los sitiados, sin embargo, rechazaron el asalto. El día 5 de febrero, en medio de una tempestad de nieve, Gastón entró con 20.000 hombres en la plaza y dejó en ella 300 lanzas y 4.000 infantes; los aliados, presa del mayor espanto, se retiraron á Imola.

Durante estas operaciones, la situación había llegado á ser crítica en el Norte. Brescia, como tantas otras ciudades venecianas ó lombardas que habían caído en poder de los franceses, soportaba mal la dominación de éstos. En 10 de febrero, los venecianos entraron en ella por sorpresa; Luis XII, al saberlo, no quiso hablar con nadie y permaneció todo el día encerrado con dos de sus ayudas de cámara. Sin embargo, la ciudadela aún resistía. Gastón, apenas hubo libertado Bolonia, emprendió de nuevo el camino del Norte y hubo de pasar el Po, por las inmediaciones de Ferrara, para situarse en la llanura comprendida entre el Mincio y el Adige; pero como los venecianos se habían establecido «con numerosas fuerzas» en los alrededores de Villafranca, no podía pensar en un ataque contra Brescia, teniendo como tenía á su espalda á los enemigos. Mientras éstos sitiaban la pequeña plaza de Valleggio, Carlos, en 16 de febrero, llegó adonde estaba su ala derecha, hacia Isola della Scala, destacó 100 lanzas y 7 ó 8.000 infantes, y en pocas horas derrotó al ejército veneciano, que dejó sobre el campo de batalla cinco piezas de artillería.

Entonces Gastón entró en el castillo de Brescia y dió un terrible asalto á la ciudad, heroicamente defendida por sus habitantes y por las tropas de Venecia. En 19 de febrero, Brescia caía en poder de los franceses, los cuales saquearon y asesinaron en grande; sin embargo, según testimonio de sus propios adversarios, no cometieron todos los horrores que se les han imputado. Bayardo, que había sido herido, fué acogido y cuidado en

una de las casas de la ciudad, viéndose por multitud de detalles de toda clase que después del desorden que acompaña á la toma de una plaza fuerte, no tardó en restablecerse un estado regular.

Aquella derrota de los venecianos produjo gran emo-



Armadura «milanesa» de principios del siglo XVI  
(Museo de Artillería del Arsenal de Viena)

ción en todas partes: los romanos dijeron que el papa, en un acceso de furor, se había arrancado la barba, y en cuanto á Maximiliano, apresuróse á pedir al rey tropas para recobrar Padua y Trevisa.

Gastón celebró una entrevista con un enviado del emperador y luego «montó incontinenti á caballo» para trasladarse al Sur del Po. En 8 de marzo escribía al rey

que iba á reunir sus tropas hacia Finale, que aguardaba 4.000 gascones y picardos y que esperaba encontrar á los españoles, el día 17 aproximadamente, en las inmediaciones de Bolonia. Pero el movimiento de avance vióse dificultado por tan violentas lluvias que «parecía que todo el aire quisiera venirse abajo.» El barro llegaba hasta el vientre de los caballos y aquellas inundaciones duraron hasta el día 25. Los españoles, por su parte, trataban de contemporizar: sabían que Venecia rehacía su ejército, recibían cada día refuerzos y se retiraban lenta y metódicamente, «situándose siempre delante de sus ciudades en algún lugar fuerte» y abandonando sus posiciones así que los franceses las amenazaban. De esta suerte fueron retrocediendo sobre Imola, Lugo y Bagnacavallo y se reconcentraron finalmente en Rávena.

El 11 de abril, el mismo día en que se trababa la acción decisiva, el rey se quejaba de no recibir noticia alguna de Italia; el 17, Robertet, *vix valens loqui*, casi sin poder hablar, anunciaba á la corte la derrota de la vanguardia española, y al día siguiente súpose lo demás.

Gastón se había decidido á poner sitio á Rávena, á fin de obligar á sus adversarios á aceptar el combate, y aún trató de apoderarse de la plaza por un golpe de fuerza; mas habiendo sido rechazado, arrojóse sobre los coligados.

Los diversos relatos de la batalla concuerdan en los puntos esenciales y sobre todo en las disposiciones adoptadas por ambas partes (1). El Ronco, procedente del Sur, y el Montone, del Oeste, se juntan al Sudeste de Rávena formando un ángulo bastante agudo: el ejército de Gastón ocupaba este ángulo el sábado, víspera de Pascua. Los españoles, que acampaban en la orilla derecha del Ronco, abrieron una zanja para proteger su frente, especialmente hacia su derecha, y dejaron á su izquierda un espacio estrecho para que pudiera maniobrar la gendarmería. La distribución por ellos adoptada era la siguiente: á la izquierda, las gentes de armas apoyadas en el Ronco y protegidas por delante por alguna artillería; en el centro, la infantería, dispuesta en tres batallas colocadas una detrás de otra, no lateralmente; y á la derecha, la caballería ligera. En el frente de la infantería, á lo largo de la zanja, habíanse amontonado algunas carretas, armadas con hojas de guadaña y cargadas con artillería ligera. El principal autor de estas combinaciones, en las que se mezclan las concepciones modernas y, á lo que parece, otras tomadas de la táctica de la antigüedad (los carros armados con hojas de guadaña) (2), fué, según se cree, Pedro Navarro, quien desempeñaba el papel de una especie de general en jefe, pues no estaba adscrito á ningún cuerpo de batalla, pero llevaba consigo 500 infantes y se reservaba acudir á los puntos amenazados.

Los franceses dejaron 400 hombres de armas mandados por Ibo de Alegre detrás del Ronco y 1.000 infantes detrás del Montone á fin de impedir una salida de la guarnición de Rávena, y con el resto de las fuerzas atravesaron el Ronco en la mañana de Pascua, 11 de

(1) Véase la bibliografía de las fuentes en Pastor, obra citada, pág. 703, nota 4, y una carta de Bayardo que copia Román en su edición del *Loyal Serviteur*, pág. 432.

(2) En los manuscritos de Leonardo de Vinci se encuentran dibujos muy parecidos á los carros utilizados por Navarro.

abril. Viendo que los alemanes de Jacobo Empfer, los que Maximiliano dejara al servicio de Francia, avanzaban, Molart, uno de los jefes de la infantería francesa, exclamó: «¡Cómo, compañeros míos! ¿Podrá reprocharnos que los alemanes pasaran por el lado de los enemigos antes que nosotros? Por lo que á mí toca, preferiría haber perdido un ojo. Y de pronto se arrojó al agua y fué el primero en tentar el vado.» Los españoles no se opusieron al paso del ejército, sin que podamos explicarnos la razón de ello. Gastón situó á su derecha á las gentes de armas, colocando delante de éstas la excelente artillería del duque de Ferrara; en el centro la infantería distribuída en tres cuerpos laterales, los alemanes, los gascones y los franceses; y á la izquierda 1.000 arqueros.

Comenzó la batalla por un terrible combate de artillería que duró tres horas; los dos adversarios se cañoneaban á doscientos pasos, sin que los franceses quisieran atacar ni los españoles salir de sus trincheras. Entonces Gastón (otros dicen que el duque de Ferrara) tuvo una inspiración de táctico y ordenó que su ejército se desplegara en semicírculo y que una parte de su artillería pasase de la derecha á la izquierda á fin de coger de flanco á los enemigos y de anular en parte las ventajas de la zanja detrás de la cual se resguardaban. Los españoles sufrieron terribles pérdidas, á pesar de que Pedro Navarro hizo que los infantes se tendieran en el suelo, no siendo menores las que experimentaron las gentes de armas. Así las cosas, «mil hombres de armas de los suyos, como desesperados por lo que nuestra artillería les enloquecía, vinieron á arrojar sobre nuestra batalla, en la que estaban Monsieur de Nemours en persona y otros, hasta el número de cuatrocientos hombres de armas, ó poco menos, los cuales recibieron á los dichos enemigos con tanta satisfacción que nunca se vió combatir de mejor modo. Monsieur de Nemours rompió su lanza entre las dos batallas y atravesó á un hombre de armas de los de ellos de parte á parte y media braza más.»

En el entretanto, Pedro había juntado toda su infantería en un solo cuerpo lanzándola contra los gascones, los cuales, al principio, retrocedieron ante tamaña embestida. Los españoles tenían un gran número de arcabuceros que mataron á casi todos los capitanes. Pero los lansquenets restablecieron furiosamente el combate y La Palisse, comprendiendo que iba á decidirse la suerte de la batalla, llamó á todos los hombres de armas que había dejado con Alegre en la orilla izquierda del Ronco, y aquellas tropas de refresco derrotaron á la caballería enemiga, mientras los gascones y los alemanes hacían sucumbir, á su vez, á los españoles. El virrey Ramón de Cardona emprendió la fuga y su ejército se retiró en desorden; los arqueros persiguieron enérgicamente á los fugitivos, *occidendo sempre* (siempre matando). Pedro Navarro fué hecho prisionero cuando todavía peleaba.

Gastón se prodigó en medio de «su batalla» y la tradición refiere que al final del combate se arrojó sobre un grupo de españoles, á impulsos de su espíritu caballeresco que le movió á realizar aquel acto de imprudencia. Según parece, dejóse llevar de su valor fogoso, pero lo hizo en un momento en que la suerte de la lucha no estaba aún del todo decidida y en que tal vez

era conveniente arrastrar á los vacilantes; murió acriblado por diez y seis heridas, recibidas todas de frente. «Si el rey ha ganado la batalla, os juro que los pobres hidalgos la han perdido,» escribía Bayardo; y en efecto, con Gastón perecieron Ibo Alegre y su hijo, de la Cropte, Jacobo d'Empfer, Molart, «por quien todas sus gentes se habrían dejado matar,» en una palabra, casi todos los héroes de las guerras de Italia. En la llanura de Ronco quedaron de 10.000 á 15.000 hombres, la tercera parte de ellos franceses.

La campaña de Gastón de Foix ofrece muchos caracteres notables. No constituye, como se ha dicho, la revelación del papel desempeñado por la infantería, ni siquiera desde el punto de vista de la rapidez de las marchas; todo lo más puede considerarse como una manifestación más brillante, si se quiere, de su valor ya comprobado. Acaso merece más bien consignarse el empleo afortunado de la artillería. Pero, de todos modos, las gentes de armas son todavía las que representan el papel decisivo.

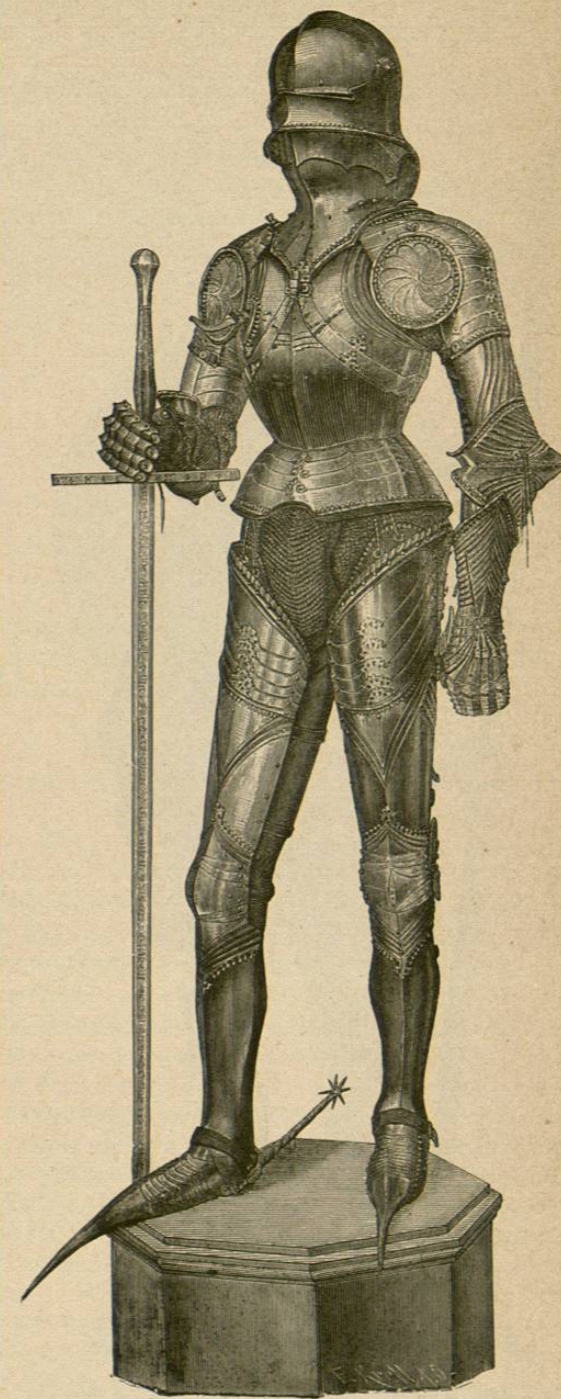
La gran novedad es el genio militar de Gastón de Foix, cuyos principales rasgos característicos fueron: variedad en los medios, prudencia extremada y rapidez fulminante, decisión clara y como iluminada en la iniciativa, precisión sin igual en los movimientos, talento de saber limitar los resultados á la proporción de su utilidad verdadera, arte notable de economizar sus instrumentos para multiplicarlos, sentimiento exacto del valor del tiempo y asombrosa visión de la estrategia y de la táctica. Estos rasgos los encontramos en su campaña contra los suizos, cuando no sabe combatirlos y sobre todo perseguirlos; en su expedición sobre Bolonia, á la que salva casi sin detenerse en ella, en su movimiento contra los venecianos, en su fatigosa campaña contra los españoles y en el golpe fulminante de Rávena, en resumen en aquella triplicación de un ejército único. Nadie se ha adelantado más á su tiempo en este punto, ni ha sido mejor precursor de hombres como Turena, Federico y Napoleón.

Los embajadores en la corte de Francia hablan del dolor que experimentó Luis XII cuando llegó la noticia de la muerte del duque, muerte de consecuencias más graves bajo todos conceptos y más fatales para la política francesa que la de Jorge de Amboise.

De momento, Rávena capituló en manos de los franceses al día siguiente de la batalla; sometióse la Romaña y el papa sintióse de nuevo atemorizado en Roma y aun firmó en 20 de abril un proyecto de tratado con Luis XII; pero los italianos no tardaron en percatarse de la confusión que entre los franceses se había introducido. La Palisse había abandonado la Romaña ante las amenazas de los suizos por la parte del Milanesado, y cuando recibió del rey la orden de regresar al Sur, era ya demasiado tarde, pues el Soberano Pontífice había recobrado el valor y se deshacía en imprecaciones contra sus enemigos.

Una vez más los suizos iban á decidir la política lanzándose á la guerra con su acostumbrado ardimiento. Schinner, que solicitó su ayuda en nombre de Julio II, hablóles el lenguaje que era preciso usar con ellos y les hizo las más seductoras promesas: «La Iglesia, como Italia, se ve cruelmente oprimida, maltratada y desgarrada; el tirano francés quiere sojuzgarla para imponer

su yugo impío á toda la cristiandad. Por esto reclama de sus hijos un pronto socorro.» El día 6 de mayo, 20.000 ó 21.000 hombres de la Confederación pusieron en marcha hacia el Sur, penetrando aquella vez el ejército invasor en la península por el Tirol y el Adige. Vene-



Armadura del emperador Maximiliano I. (Museo de Artillería del Arsenal de Viena.)

cia y el papa tenían tropas en Romaña y en el Véneto, y los españoles, desde el reino de Nápoles, avanzaban hacia el Po. La Palisse no estaba muy en condiciones de poder resistir, pues Lautrec, de Aubigny y Trivulcio estaban celosos de él y le servían mal, y muchos hombres de armas abandonaron el ejército «maldiciendo al rey;» quedábanle á lo sumo 10.000 infantes y de 1.000 á 1.400 lanzas, y Bohier se oponía á todo alista-